

CITAS EN LA LUZ

Laura Hernández Sadurní

*Nunca la vida se puede saber toda;
hay los secretos del hombre, y los del
cielo, y los del mar, y los de la monta-
ña. Uno no sabe por dónde empezar
si no se le abre misteriosamente algu-
na puerta.*

Noel Clarasó

Dicen que la noche propicia el horror. Que cuando la penumbra avanza, resucitan los temores y abrazados, como dos amantes, los hombres duermen con el miedo de descubrirse en el sueño. Pero Águeda nunca creyó en esas habladurías. Era una mujer nocturna por convicción. Algunas veces la escucharon decir: "si provenimos de líquidas obscuridades, ¿cómo vivir, si no, en sólidas tinieblas?". Ninguno de sus conocidos compartía tales conjeturas, como tampoco ninguno sabrá la angustia innombrable que empezó para ella en las horas diurnas.

Fue un sábado al mediodía cuando encontró, en la parte exterior de su muslo derecho, un hoyo de perfecta redondez similar en tamaño a una lenteja. No dolía, no sangraba, sólo apareció allí, enseñando su boca abierta como de pez que agoniza. Inconsciente cerró los ojos y cubrió con su mano aquel orificio. Durante varios minutos estuvo inmóvil. Después, se dispuso a observar con repugnancia la abertura. No podía comprenderlo, su salud era excelente —cada tres meses pasaba por rigurosas revisiones— y este mal no parecía tener razón de ser. A las cuatro de la tarde optó por asistir al consultorio.

Con la prepotencia y lentitud que caracteriza a los médicos cuando explican a los enfermos sus padecimientos —como si los pacientes sufrieran invariablemente de lesiones cerebrales—

el doctor le aclaró que su caso era sencillo, común y sin riesgo alguno.

Después de darle las supuestas razones que originaron el nacimiento del hoyo, recetó irrigar dentro de él agua oxigenada. "Despreocúpese, cerrará por completo en dos o tres días", le comentó.

Águeda se había impuesto como disciplina conceder citas nocturnas solamente de martes a viernes. Al salir de la consulta sintió alivio en llegar a su casa con la certeza de que no recibiría a nadie. Tendida en el lecho miraba de nuevo su orificio negro. Durmió todo ese fin de semana soñando, por primera vez, en lo que podrían contener los hoyos negros del universo.

La mañana del lunes una voz grave y segura, la despertó.

"Confías demasiado en la noche que lo oculta todo. Entre el negro satín de las sábanas te revuelcas como un átomo perdido en el espacio negando las horas del día, ese tiempo inmisericorde donde nada encuentra refugio, donde no existen repliegues ni sombras que nos oculten. Yo conozco tu verdad."

Supo que la voz emanaba de la cama, del muslo, del hoyo. Sus gritos opacaron todos los sonidos, todos los silencios. Había olvidado la curación, "de otro modo el orificio casi se hubiera cerrado". Ese lunes vertió en cinco ocasiones agua oxigenada. Por la noche satisfizo a su visitante provocando en él una voluptuosidad extrema.

Al día siguiente la misma voz, aunque debilitada, volvió a oírse.

"Demasiado tiempo me hiciste creer que el negro era tu verdad. Eso al menos, hubiera sido algo, pero aquí, a la luz, sólo percibo el blanco

e inmenso vacío de quien jamás ha podido sentir."

Una larga pausa se instaló en la habitación, y en seguida, el goteo de agua que iba siendo introducida lentamente.

El hoyo, como advirtiera el médico, cerró el miércoles. El hombre que esa noche la visitó no pudo encontrar la complacencia sabida. Ella estaba ausente. Fue ahí, con él, cuando comprendió que debía cancelar las citas nocturnas del resto de la semana.

Al iniciar el sábado, creyó oír la voz. Nadie hablaba. Observando su muslo —con la marca de lo que había sido el orificio— Águeda se sentó a esperar. Aun cuando por su voluntad el hoyo se había cerrado, deseaba escucharlo. Tuvo entonces que aceptar el sinsentido de permanecer en la obscuridad, de ignorar las posibles develaciones que en la luz le habrían sido dadas.

A medida que avanzaban las horas, su espera se convirtió en un angustioso ir y venir. Súbitamente, cerca del mediodía, cayó en un profundo letargo. Luego se levantó y fue muy despacio a descorrer todas las cortinas de la casa. "He de saberlo todo", se dijo.

Un cinturón de luz cruzaba la cama donde Águeda yacía con los ojos abiertos. Del muslo derecho, por una larga y profunda incisión, la sangre aún fresca, escurría. Junto al cuerpo, la hoja de un cuchillo. Eran las dos de la tarde.

